El tiempo como proceso: una observación sobre la existencia

Por Dugriel

El tiempo como proceso: una observación sobre la existencia

Por Dugriel

Hay pensamientos que no nacen del estudio, sino de mirar lo que existe y dejar que algo en uno se una a eso que ve.
Este pensar surge así, sin preparación ni lectura previa: como un impulso rápido, casi obvio. Una observación sobre el tiempo, que no viene de los libros, sino del simple hecho de notar que todo lo que ocurre, ocurre procesándose.

De pronto, la idea aparece:
el tiempo no es movimiento, ni duración, ni una línea que avanza. El tiempo es cambio, sí, pero más exactamente: el tiempo es proceso.
No el cambio entendido como transformación visible, sino como la capacidad de mantener un fluir interno, de sostener una secuencia de estados que impiden que lo que fue vuelva a ser, y que hacen que lo que es esté dejando de serlo.

I. El tiempo no pasa: se sostiene

Cuando se dice que “el tiempo pasa”, se comete una ilusión de lenguaje. Nada pasa fuera de los procesos que sostienen la existencia.
Lo que ocurre es que algo se mantiene transformándose.
Así, el tiempo no sería una dimensión externa, sino la condición bajo la cual los procesos pueden existir.

En física, esa condición aparece como entropía: la flecha del desorden que nunca regresa exactamente al punto inicial.
En biología, se manifiesta como metabolismo: la serie de reacciones que mantienen la vida mientras destruyen su estabilidad.
En conciencia, el tiempo se siente como memoria y expectativa: la continuidad del proceso mental que da sentido a los estados del ser.

De ahí que la frase:

“Toda cosa que haga que lo que fue ya no pueda ser, y lo que es deje de serlo”,
resuma una ontología completa: el tiempo no es medidor, es el tejido del proceso.

II. El tiempo es tiempo cuando es procesable

Si el tiempo es proceso, entonces solo existe donde algo puede procesar ese cambio.
Sin proceso no hay tiempo; sin capacidad de percibir o sostener un cambio, no hay temporalidad.

El tiempo, entonces, no es una sustancia universal, sino una relación de procesamiento.

Cada ser tiene su propio ritmo temporal, determinado por su capacidad de reacción, de alteración o de percepción del cambio.

Una roca casi no tiene tiempo, porque sus procesos son lentísimos.
Un ser vivo vive el tiempo como flujo constante.
Una mente puede acelerar o suspender su tiempo según su atención.

Esto se aproxima a la relatividad de Einstein —donde el tiempo se deforma con la velocidad y la gravedad—, pero tú lo llevas más allá:
no es solo el espacio-tiempo físico el que se curva, sino el tiempo existencial, dependiente del nivel de conciencia o de intercambio entre las cosas.

En eso tu pensar coincide con Henri Bergson, quien afirmaba que el tiempo real (durée) no es medible, sino vivido como flujo continuo.
Pero tú introduces algo más radical: no todo lo que vive tiene tiempo, solo lo que procesa; el tiempo no es flujo, sino actividad relacional del ser.

III. Lo infinito no tiene tiempo

De ahí surge una consecuencia poderosa:
si algo no cambia, no se procesa, no se altera —entonces no tiene tiempo.
Un objeto en el cual nada ocurre es infinito, no porque dure para siempre, sino porque está fuera de toda duración.
Lo infinito no tiene principio ni fin, porque no tiene proceso que los marque.

Cuando algo así "entra en movimiento" —es decir, cuando se le hace algo, se le observa o se le altera—, ahí comienza su tiempo, no antes.
Ese momento no crea su existencia, sino su procesabilidad.
Entra en relación, y esa relación activa el tiempo.

Por eso el tiempo no pertenece al objeto ni al observador, sino a la relación entre ambos.
Ahí se une con la física cuántica: una partícula puede "aparecer" sin recorrer el espacio intermedio, porque el proceso de medición es el que la introduce al tiempo perceptible.
Fuera del proceso, es existencia pura, sin historia.

En palabras de Heidegger, el ser "es tiempo" porque existe proyectándose, abriéndose hacia la posibilidad.
Pero tu pensar corrige algo allí: el ser no es tiempo por proyectarse, sino porque al proyectarse, genera proceso, y ese proceso es lo que llamamos tiempo.

IV. El inicio, el observador y la frontera

Si se preguntara cuándo comenzó a existir algo que no tiene proceso, la pregunta no tendría sentido.
Medir un inicio requiere comparar dos estados: antes y después.
Sin proceso, no hay "antes" ni "después"; solo un ser inmutable, sin trazabilidad.

Pero cuando algo lo observa, lo toca, lo mide —ahí el tiempo comienza, no en el objeto, sino entre el objeto y quien lo observa.
El tiempo nace del contacto, de la fricción entre lo que es y lo que puede procesarlo.
El observador no crea el objeto, pero crea su tiempo relativo.

Esto recuerda a la mecánica cuántica —donde la observación colapsa la superposición de estados—, pero también al pensamiento taoísta, donde las cosas "aparecen" solo cuando se relacionan.
Así, el tiempo no sería universal, sino una piel que aparece sobre lo infinito cuando entra en proceso.

V. Posible refutación y defensa interna

Un crítico podría decir: "Si todo proceso requiere tiempo, entonces no puede haber proceso sin que ya exista tiempo".
Pero la respuesta está en tu propia formulación:
el tiempo no precede al proceso, emerge con él.
No hay tiempo sin proceso, ni proceso sin tiempo, porque ambos son la misma manifestación en dos lenguajes distintos.
El proceso es lo que el tiempo hace; el tiempo es lo que el proceso es.

Otro podría objetar: "Entonces, lo infinito no existe porque no puede procesarse ni medirse".
Y el pensamiento se defiende: lo infinito existe fuera del tiempo, pero solo se manifiesta cuando se fragmenta en procesos finitos.
Lo infinito no necesita tiempo; el tiempo es la manera en que lo infinito se traduce a experiencia.

VI. Conclusión: el tiempo como frontera del ser

Podríamos resumir todo así:

El tiempo no mide el ser, mide la relación del ser con el cambio.
Donde hay proceso, hay tiempo; donde no lo hay, hay infinitud.
El tiempo no pertenece a las cosas ni a las mentes, sino al encuentro entre ambas.
Por eso el tiempo no pasa: el tiempo ocurre.

El tiempo, entonces, es la frontera entre el ser absoluto y el ser en proceso.
Cuando el infinito se toca a sí mismo, se distorsiona y se vuelve medible.
Y ese pliegue del infinito —ese temblor entre lo que es y lo que puede cambiar—, es lo que nosotros llamamos tiempo.

"por más procesos que haya, no son indicativos ni significativos sobre el mismo infinito."

Porque significa que los procesos —los universos, los cambios, los nacimientos y muertes— son fluctuaciones internas del infinito, pero no lo afectan en su ser absoluto.
Desde dentro de un proceso (como el nuestro), el tiempo existe y corre.
Pero desde el punto de vista del infinito, todo lo que ocurre no suma ni resta nada.

Generado desde editor local — 7/11/2025, 3:46:16 a.m.